

de la gente, quiso hacer ensanchar un poco el círculo que le rodeaba; además ordenó un redoble de tambores á fin de obtener silencio y hacerse escuchar. El movimiento que se produjo en el grupo y el redoble del tambor hicieron creer en una ruptura de negociaciones: los defensores de la barricada se volvieron precipitadamente á su puesto: partió un tiro de fusil, y á éste siguió una descarga general, tanto de parte de los insurrectos como de parte de la tropa. Mientras tanto, el arzobispo, pasando por una tienda de vinos que tenía dos puertas, había penetrado en la calle del Faubourg y se encontraba detrás de la barricada. No había abandonado la esperanza de apaciguar los ánimos, y con la voz y el gesto procuraba calmar á la muchedumbre. En aquel momento una bala, dirigida de arriba abajo, le hirió en la espalda. «Amigo mío, me han herido,» dijo con desmayo á un obrero que le recibió en sus brazos. Los insurrectos, aterrados al ver caer aquella gran víctima, transportaron el arzobispo á casa del cura de Quinze-Vingts (1).

IV

Lo que Dios no había concedido al valor del soldado lo concedió á la sangre del mártir. La insurrección, atrincherada en el arrabal de San Antonio como en una ciudadela inexpugnable, parecía por la mañana rebelde á todo arreglo. Durante el día, las noticias, hasta entonces interceptadas por los cabecillas, llegaron detrás de las barricadas. Se supo la elevación del general Cavaignac, la declaración del estado de sitio, la llegada de las guardias nacionales y de las tropas de los departamentos; se supo que la insurrección quedaba casi enteramente sofocada á la izquierda del Sena y vencida en los arrabales de Saint-Martin, Saint-Denis y Poissonnière; que la sedición, concentrada entre la Bastilla y la plaza del Trono y en los lindes del barrio del Temple, no tenía que esperar ningún auxilio exterior; se supo en fin la votación de los tres millones en favor de los obreros necesitados y la proclama del jefe del poder ejecutivo, doble garantía de clemencia y de perdón. Estos rumores, desmentidos y luego confirmados, empezaron á hacer vacilar los espíritus; de ahí ciertas treguas, seguidas de tiroteos furiosos; de ahí ciertas negociaciones oficiosas y secretas, rotas apenas iniciadas. La tentativa del arzobispo, impresionando profundamente á las almas, hizo inclinar la balanza del lado de la sumisión, y este fué el precio inestimable del sacrificio. A pesar de algunos llamamientos á una lucha desesperada, las negociaciones adquirieron un carácter, no decisivo todavía, pero sí más serio. En estas negociaciones se emplearon las horas de la noche que empezaba.

Envióse un parlamentario al general Lamoricière, que se encontraba en el bulevar del Temple. Esta primera tentativa fracasó. Lamoricière no estaba autorizado para tratar, y sí resuelto á desalojar á la mañana siguiente á los insurrectos de sus últimas posiciones; la encarnizada lucha de los días anteriores le tenía mal

(1) *Récit des circonstances qui ont précédé et suivi la mort de Mgr. l'archevêque de Paris*, publicado por los Vicarios Capitulares, París, 1848. M. Beslay, *Souvenirs*, pág. 189. Relación de Beslay á la Asamblea nacional el 26 de junio (*Monitor*, pág. 1503). M. Bréchemin, *Récit inédit*.

dispuesto á la conciliación. Además no era fácil llegar á un acuerdo con los rebeldes, que querían estipular garantías para sí, y los defensores del orden, que exigían simplemente un desarme. Otros delegados, enviados al general Perrot, que mandaba en la Bastilla, fracasaron también en sus gestiones. El general pedía la destrucción de las barricadas, la entrada de las tropas en el arrabal y la entrega de las armas en manos de la autoridad. Por su parte, los delegados habían recibido el encargo de estipular una serie de condiciones, la menos extraordinaria de las cuales consistía en la libertad inmediata de los presos políticos. Tal divergencia de miras no permitía largas entrevistas. Además, ni Perrot ni Lamoricière tenían poderes para negociar (2).

Sin embargo, á una hora avanzada de la noche se entablaron nuevas negociaciones, no en el teatro de la lucha, sino con el jefe del poder ejecutivo. Al entrar monseñor Affre en el arrabal de San Antonio, tres representantes habían penetrado también. Estos eran los señores Druet-Desvaux, Larabit y Galy-Cazalat; los dos primeros habían seguido de cerca al arzobispo; el tercero llegaba del barrio del Temple. Después de haber sido mortalmente herido el prelado, los representantes fueron retenidos en el arrabal y conducidos á casa de un relojero donde se les tuvo materialmente arrestados con guardas de vista. Allí se encontraron en presencia, ora de hombres de siniestro aspecto que les prodigaban amenazas, ora de personas tímidas y benévolas que ansiaban vivamente la paz. Los representantes no se habían cansado de repetir que el arrabal se hallaba rodeado de tropa y de artillería; que las barricadas no resistirían á nuevos ataques; que el estado de sitio permitía fusilar á todo el que fuese cogido con armas en la mano. Estas manifestaciones, transmitidas de boca en boca, habían causado viva impresión, pero sin destruir las ilusiones. Se hablaba de negociaciones de paz, pero sobre bases que las hacían ridículas. Los insurrectos pedían nada menos que la disolución de la Asamblea, el alejamiento de las tropas á cuarenta leguas de París, la libertad de los prisioneros de Vincennes, el derecho otorgado al pueblo de dictar su constitución; hasta querían obligar á los representantes á firmar una declaración en armonía con aquellas exigencias. Afortunadamente, en la masa de los insurrectos, las resoluciones violentas cedían cada vez más en presencia del cansancio general. Aquellas condiciones extravagantes fueron abandonadas. Los rebeldes se contentaron con redactar una especie de mensaje al presidente de la Asamblea nacional, mensaje concebido en estos términos:

«Señor Presidente de la Asamblea nacional:

»No deseamos la efusión de la sangre de nuestros hermanos; siempre hemos combatido por la República democrática. Si consentimos en no continuar la sangrienta revolución que se opera, deseamos también conservar nuestro título de ciudadano...

»Los delegados del arrabal de San Antonio (3).»

Se convino que el Sr. Larabit, acompañado de cuatro delegados del barrio, llevaría este mensaje á la

(2) *El faubourg Saint-Antoine desde el 23 hasta el 27 de junio*, por Raymond des Essarts.

(3) *Información parlamentaria*, tomo II, pág. 261.

Asamblea nacional. Los otros dos representantes habían de quedar en rehenes en manos de los habitantes del arrabal (1).

Eran las dos de la madrugada cuando los negociadores llegaron al Palacio Borbón. El presidente Sénard les recibió casi en seguida. Larabit hubiera querido dar cuenta de su misión á la Asamblea; pero, á tal hora de la noche, no era posible convocar á los representantes, y no podía esperarse á que se reanudara la sesión para tomar una decisión que tanto urgía. El lenguaje de los delegados fué decente. Estos alegaron la miseria del arrabal, la ignorancia en que se estaba respecto á los acontecimientos, las decepciones que habían agriado los ánimos. Esta exposición de hechos impresionó á Sénard. En contestación al Mensaje que acababan de entregarle, dió á sus interlocutores una especie de proclama en que conjuraba á los insurrectos «que destruyesen al instante sus barricadas y volvieresen, como hijos un momento extraviados, al seno de la República democrática (2).» Hasta convinieron, según se dijo, que las armas no serían entregadas militarmente, sino depositadas en la alcaldía, y que no se harían más prisioneros que aquellos á quienes hubiese de alcanzar la justicia (3). Después de haber descansado un momento en casa de Larabit, los negociadores fueron á encontrar al general Cavaignac, quien les acogió de un modo algo distinto, no porque estuviere animado de sentimientos implacables, sino porque temía que los insurrectos empleasen el tiempo de las negociaciones en fortificar sus posiciones. Los partes de Lamoricière contribuían sobre todo á confirmar sus temores. Dueño de casi todo el barrio del Temple, después de encarnizada lucha, Lamoricière esperaba con impaciencia el momento de atacar el barrio de San Antonio por la parte del canal de San Martín y de Popincourt, y temía que las negociaciones entabladas con los insurrectos de la Bastilla hiciesen refluir hacia él todas las fuerzas activas de la insurrección. Dominado por estas consideraciones militares, Cavaignac declaró que exigía una sumisión absoluta y sin condiciones. Consintió solamente en prolongar la tregua hasta las diez de la mañana. Si á esta hora el arrabal de San Antonio no se había rendido, el cuerpo de ejército acampado en la Bastilla penetraría en el barrio á viva fuerza. Tal fué la contestación de Cavaignac, y la repitió á todos los mediadores oficiosos que en torno suyo afluyeron (4).

Los delegados volvieron á emprender á las siete de la mañana el camino del arrabal. En éste se manifestaban, como en la víspera, opiniones contradictorias. Los representantes Druet-Desvaux y Galy-Cazalat habían sido cubiertos de amenazas y trasladados al cuerpo de guardia de la calle de Montreuil; pero numerosos vecinos habían acudido á su defensa. Oíanse gritos de muerte en torno de las barricadas; pero la muchedumbre no cesaba de agolparse delante de la casa en que había sido depositado el arzobispo, y, al

(1) Informe del Sr. Galy-Cazalat, representante del pueblo, á la comisión de información parlamentaria (*Enquête parlementaire*, tomo II, págs. 247 y siguientes).

(2) Relación del Sr. Sénard á la Asamblea nacional el 26 de junio (*Monitor*, pág. 1502).

(3) *Le faubourg Saint-Antoine desde el 23 hasta el 27 de junio*, por Raymond des Essarts.

(4) Relación de Sénard (*Monitor*, pág. 1502).

enterarse de que la herida era mortal, se deshizo en protestas de arrepentimiento y de pesar. Hasta en el cuerpo de guardia en que estaban custodiados los representantes se fabricaba pólvora y cartuchos; pero, á pocos pasos de allí, se deploraba la continuación de la lucha. Cuando los delegados hubieron dado cuenta del resultado de su misión, no faltó quien prorrumpiera en imprecaciones; pero varios oficiales de la guardia nacional, muchos ciudadanos de todo rango y de toda profesión, hasta curas valerosos, mezclados con los grupos, hablaron en favor de la paz. Había dos opiniones muy manifiestas, una cada vez más violenta, pero cada vez más débil, que excitaba á una lucha sin tregua ni cuartel, y la otra, tímida al principio y luego más audaz, que, después de haber insinuado la oportunidad de la sumisión, empezaba á proclamar su necesidad.

La hora avanzaba. Las tropas concentradas cerca de la plaza de la Bastilla esperaban la orden del combate: los cañones, montados delante de las barricadas, se disponían á iniciar el fuego. En la plaza se encontraban los señores Recurt, ministro del Interior, y Adam, teniente de alcalde de París, que habían ido á recibir á la comisión de los insurrectos ó prestar á la fuerza militar el concurso moral de la autoridad civil. Algunos representantes habían querido también asistir á aquel último episodio de la batalla. Los diputados de la extrema izquierda se habían abstenido, por temor de ser acusados de complicidad. Sin embargo, allí estaba Proudhón, «curioso, decía, de contemplar el sublime y terrible espectáculo del cañoneo (5).»

Dieron las diez. Era el momento señalado para el ataque. Todo el mundo tenía la vista puesta en las barricadas, con la esperanza de descubrir alguna señal de sumisión. El general Perrot, deseoso de evitar mayor derramamiento de sangre, suspendió un cuarto de hora más la ejecución de las órdenes que había recibido. Mientras tanto, en el interior del arrabal, los representantes prisioneros redoblaban sus esfuerzos para evitar una resistencia que ya era inútil: «Lamoricière, decían, llega del barrio del Temple; el general Perrot se encuentra en la plaza de la Bastilla; el cerco va á ser completo.» Un obrero llamado Eugenio Portier, subido á una mesa en el cuerpo de guardia, apoyaba este lenguaje, dominando con su energía los murmullos más exaltados. La mayoría, convencida, acordó la rendición del arrabal y resolvió enviar los representantes á la vanguardia para capitular (6). De pronto sonó un cañonazo. El general Perrot había dado al fin la señal de ataque. En la esquina de la calle de la Roqueta se hundió una casa á los esfuerzos de la artillería; momentos después, tres batallones penetraron en el barrio de San Antonio por las tres grandes arterias que lo cruzan: los primeros insurrectos cogidos con las armas en la mano fueron fusilados en el acto. Pero más adentro, ya nadie defendía las barricadas; en algunos puntos, los habitantes, cediendo á los consejos de Edmundo Adam que acompañaba á una columna, se apresuraron á destruirlas. La tropa encontró en la calle del Faubourg á los representantes Galy-Cazalat y Druet-Desvaux, que se juntaron con ella, y subió hasta la barrera del Trono.

(5) *Información parlamentaria*, tomo I, pág. 307.

(6) *Información parlamentaria*, informe del Sr. Galy-Cazalat, tomo II, pág. 249.

Más de sesenta barricadas se elevaban desde la Bastilla hasta la barrera. Los combatientes habían huído: muchos fueron cogidos con el fusil caliente y las manos negras de pólvora. Otros, refugiados cerca de la plaza del Trono, no consintieron en deponer las armas hasta saber que toda resistencia era inútil. Gran número de ellos escaparon hacia Bercy. En el momento en que las columnas del general Perrot despejaban el arrabal de San Antonio, el general Lamoricière triunfaba, en el barrio del Temple, de los últimos vestigios de la resistencia, y después de un postrer combate en la calle de San Sebastián, se hizo dueño de ambas riberas del canal. La insurrección quedaba definitivamente vencida. Cierto es que se alzaban todavía algunas barricadas en la Villette; pero fueron tomadas antes de la noche por la tercera legión y la guardia nacional de Amiéns.

La Asamblea había seguido con patriótica ansiedad las últimas peripecias del drama. La sesión, abierta a las ocho y media de la mañana, se había suspendido. A las once y veinte minutos, el Sr. Sénard entró precipitadamente en el salón y, vivamente emocionado, se dirigió hacia el sillón presidencial. «Buscad a todos los diputados, dijo a los ujieres; buscadlos por todo el palacio.» Llegaron los representantes: «¡Oh!, ¡qué alegría!, exclamó el presidente; ¡gracias a Dios!» (1). Entonces, en pocas palabras entrecortadas, explicó que un ayudante de campo acababa de traer la noticia de la rendición del arrabal de San Antonio. Los representantes se levantaron, y un inmenso grito de «¡viva la República!» resonó en la Cámara. Algunos se negaban a creer en tan gran favor de la fortuna, tantas habían sido en aquellos días las buenas noticias anunciadas y desmentidas luego. La duda no dejaba de tener algún fundamento, pues si bien era verdad que la resistencia quedaba vencida, no era exacto que hubiese habido rendición propiamente dicha. Pero pronto una esquela procedente de la plaza de la Bastilla, poco después un aviso de la Prefectura de policía y finalmente la relación de varios representantes, no dejaron lugar a duda alguna acerca de la cesación de las hostilidades. Entre las dos y las tres de la tarde, Cavaignac confirmó el feliz acontecimiento. El jefe del poder ejecutivo dirigió a la guardia nacional y al ejército la proclama siguiente, que merece ser recordada:

«CIUDADANOS, SOLDADOS:

»La causa de la República ha triunfado: vuestra abnegación y vuestro valor firme han desbaratado culpables proyectos, hecho justicia de funestos errores. En nombre de la patria, en nombre de la humanidad entera, gracias por vuestros esfuerzos, benditos seáis por este necesario triunfo.

»Esta mañana, la emoción de la lucha era aún legítima, inevitable; ahora sed tan grandes en la calma como acabáis de serlo en el combate. En París veo vencedores y vencidos; que mi nombre sea maldito si jamás consiento en ver víctimas. La justicia seguirá su curso; que obre; tal es vuestro pensamiento, tal es el mío.

»Dispuesto a volver al rango de simple ciudadano, evocaré entre vosotros el recuerdo cívico de no haber, en tan graves circunstancias, quitado a la libertad sino

(1) *Monitor*, pág. 1503.

lo que de ella exigía la salud de la República, y de legar un ejemplo a todo el que, a su vez, pueda ser llamado a cumplir tan grandes deberes.

»El jefe del poder ejecutivo,
»CAVAIGNAC.»

Al mismo tiempo que la Asamblea celebraba la pacificación de la ciudad, el arzobispo de París era transportado a su palacio para morir en él. Aquel regreso pareció pompa triunfal, como si el pueblo hubiese colocado ya entre los santos al que por él había sacrificado su vida. Obreros del arrabal, soldados y guardias nacionales se disputaron el honor de llevar la camilla en que era conducido el venerable prelado. El triste y piadoso cortejo, compuesto de oficiales, soldados, sacerdotes, médicos y pueblo, se puso en marcha por las calles que las barricadas aún obstruían de trecho en trecho. Transeúntes y vecinos se arrodillaban y persignaban al paso del herido. Este no cesaba de repetir con débil voz: «¡Que mi sangre sea la última vertida!» Se le afirmó que la guerra civil había concluido, y esto pareció calmar sus sufrimientos que eran crueles. En otros momentos, hubiérase dicho que la grandeza de su muerte asustaba a su humildad: «Después de mi muerte, decía, me prodigarán tal vez elogios muy inmerecidos (2).» Al llegar al arzobispado, el pontífice bendijo por última vez a los soldados y al pueblo. Expiró el día siguiente a las cuatro de la tarde. Los insurrectos y los defensores del orden se echaron recíprocamente la responsabilidad de aquella muerte. ¿De qué lado partió la bala que hirió al prelado? Aún se ignora. ¿Aquella bala fué dirigida por una mano criminal ó lanzada por el azar? Tampoco se supo. Quince años atrás, había en las cárceles del Sena un individuo conocido por sus carceleros y compañeros de prisión con el nombre del *Arzobispo*. Según unos, era un antiguo guardia móvil que había sostenido en brazos a monseñor Affre herido; según otros, era el insurrecto que le había muerto (3). Poco importa ese misterio que la historia sin duda no aclarará jamás. Al enterarse de la muerte sublime del pontífice, Francia entera repitió la frase de Montalembert: «Dios mismo ha puesto la corona del martirio sobre su frente.»

V

Así acabó aquella guerra civil, una de las más terribles que hayan desgarrado jamás las entrañas de una nación. ¡Cosa extraña! Aquella insurrección no tuvo jefe oficial reconocido. Cuando estalló, Barbés, el hombre de los golpes de audacia, estaba preso en Vincennes; en el mismo caso se hallaban Blanqui, Raspail y Albert. Luis Blanc, hombre de elocuencia, pero no de acción, lejos de desear la insurrección, la temía. El destino había colocado a Ledru-Rollin entre los defensores de la tranquilidad pública. Caussidière y Lagrange, cuyos nombres se habían convertido en consigna para los insurrectos, cuidaban de no salir del Palacio Borbón, como si hubiesen querido confundir de antemano a sus futuros acusadores. Dondequiera que se busque, no se encuen-

(2) *Récit des circonstances qui ont précédé et suivi la mort de Mgr. l'archevêque*, por los Vicarios Capitulares, París, 1848.

(3) Maximo Du Camp, *Souvenirs de 1848*, pág. 294.

tra dirección general. Los obreros mecánicos de La Chapelle que se hallaban emboscados en el cercado de San Lázaro, los brigadieres de los talleres nacionales que se veían detrás de las barricadas del arrabal de San Antonio con sus tarjetones en el sombrero y su cinta en el ojal, los antiguos *Montañeses* reunidos en el barrio del Temple ó en el arrabal de Saint-Jacques, algunos veteranos extraviados que cargaban las armas de los más inexpertos y mandaban el fuego contra la tropa, tales fueron los instigadores y cabecillas de la sedición, cabecillas subalternos, desconocidos, designados la mayor parte de las veces por el azar, pero no despreciables, porque, al revés de los demagogos más famosos, tuvieron el mérito de saber morir.

Estupefactos en presencia de aquella insurrección que no se hacía al amparo de ningún nombre, hubo quien creyó en un poder secreto que armaba los brazos y dirigía de lejos los tiros. Hemos visto a Flocón denunciando en 23 de junio *el oro del extranjero*. Otros acusaron al partido bonapartista ó a los amigos de Enrique V. Algunos supusieron un complot demagógico sabiamente urdido: complot que, según decían, había de estallar el 11 de julio; este día, un cortejo inmenso había de ir a Vincennes para libertar a los prisioneros; pero la disolución de los talleres nacionales había precipitado el movimiento, al decir de los que creían en semejante complot. Todas aquellas conjeturas se desvanecieron pronto. El 25 de junio, cuando aún duraba la batalla, la Asamblea nombró una comisión de información para averiguar, remontándose hasta el 15 de mayo, las causas y la naturaleza de la sedición. Esta comisión, presidida por Odilón Barrot, empezó a esclarecer los hechos, que los debates judiciales acabaron de poner en claro. No se reveló ninguna traza de intervención extranjera. Resultó evidente que los antiguos partidos no habían formado ni deseado la guerra civil. Nada probó tampoco la existencia de un vasto complot demagógico destinado a estallar en época determinada y adelantado a consecuencia de una provocación del poder. Apareció el verdadero carácter de la insurrección: ésta fué la explosión violenta de las concupiscencias excitadas y no satisfechas. Desde el 24 de febrero, en las reuniones públicas, en el Hotel de Ville, en todas partes, habían colmado al obrero de promesas: y el hecho fué que el paro súbito de los negocios industriales le privó con frecuencia de su salario, lo que constituyó su primera decepción. Cierto es que se le abrieron los talleres nacionales; pero no encontró en ellos más que una retribución mezquina, ganada con un trabajo más mezquino aún; y esta fué su segunda desilusión. Sin embargo, aquel salario le proporcionaba el sustento: cuando se lo suprimieron, recordó que la insurrección, como decían en el club, era *el más santo de los deberes*; y se arrojó a ella como se arroja el que carece de pan; inició la guerra civil bajo la dirección de jefes tan desconocidos como él: no hubo plan general, sino disposiciones combinadas en cada barrio según el teatro de la lucha y a menudo con habilidad: no hubo unidad de acción, sino un inmenso despliegue de fuerzas brutales contra la sociedad. A los obreros sin trabajo se unieron los ex presidiarios y, con ellos, la gente frívola que se divierte con la sedición y la gente feroz que se complace en la matanza. La lu-

cha, empezada en algunos puntos casi con pesar y precedida en todas partes de tentativas de conciliación, se exaltó por el solo hecho de prolongarse. La vista de la sangre hizo nacer el deseo de verterla. Hubo insurrectos que se disputaron el honor de los homicidios (1); los hubo que se complacían en contar sus víctimas (2); hasta hubo mujeres que cortaron la cabeza a los heridos (3). En las filas de la guardia móvil y de la guardia nacional, la intervención de los jefes no impidió siempre la matanza de los insurrectos prisioneros. Esto duró hasta que se agotaron las municiones, hasta que los cadáveres cubrieron las barricadas, hasta que la tropa invadió por todas partes los barrios sublevados: entonces los rebeldes se entregaron a sus vencedores, más bien cansados que vencidos, con más odio para los que les habían engañado que para los que les desarmaban, y tan desengañados de la falsa libertad, que no supieron ya reconocer, ni defender, ni amar la verdadera. Tal fué el carácter de la insurrección.

¿Cuál fué, de una y otra parte, en aquella batalla de cuatro días, el número de combatientes? El efectivo de las tropas y de la guardia móvil, en 23 de junio, se elevaba a cerca de cuarenta mil hombres; este efectivo tuvo un aumento de catorce batallones de infantería y seis escuadrones de caballería pedidos a los departamentos y que llegaron antes de que terminase la lucha (4). A estas fuerzas regulares hay que añadir la guardia nacional que no sólo fué empleada en el servicio de patrullas, sino que proporcionó un contingente real de algunos miles de combatientes, en su mayoría pertenecientes a las legiones primera, segunda y tercera. En cuanto a los insurrectos, su número se evaluó por la Prefectura de Policía en cuarenta ó cincuenta mil hombres (5), y es de creer que este cálculo no se aparta mucho de la verdad.

¿Y qué tributo se pagó a la muerte, tanto en el campo de los defensores del orden como en el de la insurrección? El ejército regular tuvo 703 bajas entre muertos y heridos: tal es al menos la cifra que el general Cavaignac, sin duda bien informado, declaró más tarde en la tribuna (6). Las pérdidas de la guardia móvil se elevaron a 114 muertos, 476 heridos y 161 desaparecidos; advirtiéndose que estos datos, recogidos en el ministerio de la Guerra (7), no se aplican a los batallones 16.º y 18.º, cuyas bajas fué imposible averiguar. En cuanto a la guardia nacional, los datos se reducen a conjeturas. Lo cierto es que también pagó grandemente su deuda a la causa del orden: en algunos barrios, y particularmente en el faubourg Poissonnière, soportó casi todo el peso

(1) Véase el proceso de los insurrectos de Junio, causa de los asesinos del comandante Massón, declaraciones de Levenassier y Denolle (*Gazette des Tribunaux*, 1.º y 2 de octubre de 1848).

(2) Proceso de los insurrectos de Junio, causa de Grenon declaraciones de Mauduit y Bordes (*Gazette des Tribunaux*, 12 de octubre de 1848).

(3) Proceso de los insurrectos de Junio, causa de Leblanc, declaraciones de Bosc y Devaux (*Gazette des Tribunaux*, 28 de marzo de 1849).

(4) Estado de los movimientos de las tropas (*Monitor* de 1848, pág. 3422).

(5) *Información parlamentaria*, tomo I, pág. 358, declaración de Trouvé-Chauvel, prefecto de policía.

(6) Sesión parlamentaria de 25 de noviembre de 1848.

(7) Estado formado en el Ministerio de la Guerra y publicado en el *Monitor* del 22 de julio de 1848 (*Monitor*, pág. 1720).